EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

MANZANOS Y GUINDOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO DE LUSTONÓ

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1894

MANZANOS Y GUINDOS

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la *Galería lírico-dramática* titulada EL TEATRO, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

MANZANOS Y GUINDOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO DE LUSTONÓ

Estrenado con extraordinario aplauso en el TEATRO DE LA COMEDIA el 12 de Noviembre de 1893

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

715834

A Agustín de Navas

en prenda de sincera amistad

Eduardo

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.....	Sra. D.ª Concepción Ruiz.
DON BENITO.....	Sr. D. Júan Balaguer.
EL SEÑOR ROQUE....	Alfredo Cirera.
ALFREDO.....	Francisco García Ortega.
CRIADO.....	José Montenegro.

La acción: Epoca actual

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Velador con objetos de escritorio. Un armario ropero

ESCENA PRIMERA

MARÍA y ALFREDO

MAR. (Asomada á un balcón de los laterales, dice los versos que median hasta la llegada de Alfredo.)
¡Cuánta gente! ¡Qué bullicio!
¡Qué clamor, qué batahola!
Si son tantos, que la cola
da la vuelta al edificio,
sin dejar la acera franca
ni libre un solo adoquín
en la calle del Florín
ni en la de Florindablanca.
Esperan sin duda alguna
debates acalorados,
cuando son tan disputados
los puestos de la tribuna.
Por fuerza debe ser eso.
¡Qué empujarse! ¡Qué reñir!
¡Es divertido vivir
tan cerquita del Congreso!
ALF. ¡Qué bella! (Desde el foro.)
MAR. (viéndole.) ¿Usted en mi casa?
ALF. Aquí rompiendo por todo.

MAR. Pues procede usted de un modo
que de temerario pasa.
Si le viese mi papá...
ALF. Está en el Congreso.
MAR. ¿Y qué?
ALF. María, la adoro á usté
y usted, ¿me ha olvidado ya?
MAR. Usté ofende mi decoro.
¿Ignora, á lo que parece,
que mi papá le aborrece?
ALF. No, María, no lo ignoro.
¿Pero cuál es mi delito?
MAR. Ser hijo, llevar el nombre,
la propia sangre del hombre
que le disputó el distrito;
que aun vencido le molesta
y de anularle se jacta
presentando contra el acta
no sé qué odiosa protesta.
ALF. ¡Maldita sea de Dios
la política venal
que ha abierto para mi mal
un abismo entre los dos!
¡Malditas las elecciones
que con su discordia impía
han roto el lazo que unía
á dos tiernos corazones!
MAR. Tolerar no debo yo
que hable usted de esa manera
delante de la heredera
de un político.
ALF. ¿Que nó?
Antes que el papá de usté,
fuese del mío rival
en esa elección parcial,
que siempre maldeciré,
me consta que el noble autor
de sus días, me aceptaba,
sin poner ninguna traba
á nuestros planes de amor.
Sin esa elección, quizás
á estas horas, muy dichosos,
ya seríamos esposos...
y quién sabe si algo más.

MAR. Basta, Alfredo; yo no puedo
consentirle...
ALF. ¡Dios bendito,
inspírala!
MAR. Lo repito;
todo ha terminado, Alfredo.
ALF. ¡Que así su papá destroce
mi corazón! ¿Le ofendí?
¿Qué agravios tiene de mí?
¡Ni siquiera me conoce!
MAR. Pero es usted su contrario;
él es hombre que no cede,
y bien sé que usted no puede
ser su correligionario.
ALF. ¿Por qué no? Yo lo seré,
si en ello va mi ventura.
MAR. ¡Cómo, Alfredo! ¿Usted adjura
de su programa?
ALF. ¿De qué?
Yo en eso niego mi casta,
porque no tengo opiniones,
y en punto á constituciones,
con esta sólo me basta.
(Ademán de estrechar á María.)
MAR. ¿Hará usted tal sacrificio
por mi amor? ¿Capaz será?...
ALF. Diga usted á su papá
que me tiene á su servicio.
MAR. ¿A los suyos dejaría,
pasando á nuestra fracción?
ALF. ¡Ya lo creo! ¿Cuáles son
los de su papá, María?
MAR. Pues son los conservadores;
los de Cánovas.
ALF. Corriente.
Seré también de esa gente;
me voy con esos señores.
Y Cánovas, ¿por qué pía?
MAR. En la prensa puede ver...
ALF. Bueno, me voy á leer
los periódicos del día.
MAR. Que el tiempo vuela.
ALF. Es verdad.
Vuelvo pronto.

MAR. (Aparte.) ¡Es un bendito!
ALF. ¿Me quiere usted?
MAR. Un poquito.
ALF. ¡Gracias! ¡Qué felicidad!

ESCENA II

MARÍA, luego DON BENITO

MAR. ¡Pobrecillo! ¡Bien me quiere!
Por mí sería capaz
de cualquier cosa ese Alfredo.
Pero va á volver papá
y aun no están puestos los sobres,
que me ha encargado al marchar.
¡Qué de invitaciones! ¡Digo!
De cuarenta pasarán;
vendrán todos los notables
del partido. El té será
muy comentado.
(Esto último lo dice ya sentada y disponiéndose á escribir.)
BEN. ¡María!
¿Llegaré á tiempo?
MAR. (Levantándose) ¿Quién? ¡Ah!
BEN. Dime, ¿las invitaciones
han circulado?
MAR. Aun no están...
BEN. ¡Respiro!
MAR. Pero, ¿es que ocurre
algo de particular?
BEN. Ante todo un vaso de agua.
con azucarillo. (Se le sirve María.) ¡Ajá!
MAR. ¿Has hablado en el Congreso?
BEN. ¡No, hija mía! ¿Qué he de hablar?
Los buenos representantes
del país, cual tu papá,
sólo dicen *sí* ó *no*,
cuando tratan de votar.
MAR. Entonces, ¿qué pasa?
BEN. Hay crisis,
conque no te digo más.
MAR. ¿Y subirán los de usted?

BEN. Los contrarios subirán,
si, como todos presumen,
fuese la crisis total.
MAR. ¿Los de Sagasta?
BEN. Los mismos.
MAR. Mas tú, no les seguirás.
BEN. No, porque me he anticipado
y soy fusionista ya.
MAR. ¿De veras?
BEN. ¿No ves que tengo
el acta sin aprobar?
Así el nuevo ministerio
me hallará ministerial,
y una vez que jure el cargo,
de hoy á mañana será,
podré aspirar... ¡sabe Dios
á lo que puedo aspirar!
Rompe esas invitaciones.
MAR. ¿No habrá ya té?
BEN. Sí le habrá;
pero ahora los invitados
son los sagastinos.
MAR. Mas...
BEN. No interrumpa al orador
su señoría..
MAR. ¡Papá!
BEN. ¡A escribir!
MAR. Como tú quieras.
BEN. Pero dame antes el frac.
Voy á presentarme al Jefe.
(María abre el armario, saca el frac y le ayuda á ponérselo.)
MAR. ¿Y Cánovas, qué dirá?
BEN. Diga lo que guste; á mí,
bueno ó malo, me es igual.
¡Si yo entro en el Ministerio!
MAR. ¡Cómo, pretendes entrar?
BEN. Se dan casos; no es que yo
abrigue la fatuidad
de juzgarme con talentos
suficientes; no, no tal;
pero si el Jefe me indica
—que me pudiera indicar—
ó lo que no es imposible,

me llama Su Majestad,
pidiéndome un sacrificio,
¿me debo sacrificar?

MAR. Sin duda alguna.

BEN. Pues bien;
ante el interés social,
yo sabré hacer que enmudezca
mi interés particular.
Adiós.

MAR. Que no pierdas ripio.

BEN. Salvemos la sociedad. (Vase por el foro.)

MAR. ¡Qué cariñoso y qué bueno!
Lástima de que papá,
que en darme gusto ha cifrado
siempre su felicidad,
por la cuestión de elecciones
profese un odio mortal
á los Guindos, cuando un Guindo
hoy rinde mi voluntad

ESCENA III

MARÍA y ALFREDO

MAR. Paciencia, voy á escribir
las nuevas invitaciones.
(Alfredo entra con varios periódicos en la mano.)

ALF. ¡La paz! ¡Las instituciones!
¡El pasado! ¡El porvenir!
Pero, hombre, qué fácil es
el político Derecho;
como lo dan todo hecho,
los periódicos...

MAR. Van tres.
(Apartando otros tantos sobres.)

ALF. ¡María!

MAR. ¡Alfredo! (Admirada.)

ALF. ¡María!
¿Tan pronto usted me ha olvidado?

MAR. Mi papá me ha mareado,
perdone usted.

ALF. ¡Gloria mía!

MAR. ¿Ha estudiado usted la prensa?

ALF. Ya me tiene usté al corriente
de todo lo que se miente,
lo que se dice, ó se piensa.
Ya verá usted, ya verá
su papá.
MAR. ¿Qué hemos de ver?
ALF. El discurso que he de hacer
delante de su papá.
¿Me ensayo?
MAR. No es mala idea,
ALF. Atención. ¡Qué actitud! ¿eh?
Me da la mano de usté
enseguida que me vea. (Declamando.)
Somos la nata y la flor
del gran partido político,
que en un momento tan crítico
llenos de patrio valor,
vamos á ocupar el puesto
que por ley nos corresponde;
¿que á donde vamos? ¿Adónde?
¡Al poder, al presupuesto!
¿Qué tal?
MAR. Muy bien.
ALF. Ni un detalle
se me escapó.
MAR. Mas le advierto,
que así, mi papá, de cierto,
le pone á usted en la calle.
ALF. ¿Pues no es esa su opinión,
que aprendí como una urraca?
MAR. Es que ha vuelto la casaca.
ALF. ¡Me he lucido!
MAR. Su fracción
es la sagastina gente,
y por ella luchará.
ALF. ¿Sabe usted que su papá
es bastante consecuente?
MAR. ¿Se burla usted?
ALF. No, María;
pero voy á verme negro
si da mi futuro suegro
en variar como varía,
haciendo continuo alarde
de inconsecuencia tirana,

siendo azul por la mañana
y amarillo por la tarde.

MAR. Sígale usted.

ALF. Ya le sigo
como un perro, y aun más fiel,
y cuando pienso con él
él ya no piensa conmigo.
No ví genio más extraño.
Ahora, diga usted, ¿qué leo?

MAR. Lea *La Iberia* y *El Correo.*
Ambos son, si no me engaño,
los órganos oficiosos
de su nueva agrupación.

ALF. Si fuera su corazón
de instintos tan generosos
que me dejase leer
á su lado, aquí...
(Tratando de sentarse junto á ella.)

MAR. No accedo...

ALF. ¡Qué ingrata es usted!

MAR. ¡Alfredo!...

ALF. Vamos...

MAR. Que no puede ser.
(Suena un campanillazo.)
¡Mi papá!

ALF. ¿Sí? ¡Pues allá!

MAR. No, venga usted por aquí;
á su biblioteca.

ALF. ¿Y si
entra en ella su papá? (Nuevo campanillazo.)
Temo sufrir un bochorno
si me encuentra el buen señor...

MAR. Entre sin ningún temor,
que es una pieza de adorno.
(Mutis por la izquierda.)

ESCENA IV

MARÍA y DON BENITO

(María vuelve precipitadamente á la escena y se pone á escribir.)

BEN. Tira la pluma, hija mía.

MAR. ¿Desistes del té?

BEN. Desisto.
Desde este instante no quiero
nada con ningún partido.
MAR. ¿No eres de Sagasta?
BEN. No.
MAR. ¿Qué bando es el tuyo?
BEN. ¿El mío?
Formo agrupación aparte.
MAR. ¿Y eres tú el jefe?
BEN. Yo mismo.
MAR. ¿Sois muchos?
BEN. Yo solo; así
andará bien avenido
el nuevo grupo.
MAR. ¡Buen grupo!
BEN. Y si algún día consigo
el Poder, como soy solo,
no tendré que repartirlo.
MAR. ¿De modo, que no entran ya
tus últimos ex amigos?
BEN. Entra uno solo; se forma,
según todos los indicios,
un gobierno nacional
y á ellos les toca un ministro;
pero como el designado
no es el candidato mío,
lo hago cuestión de amor propio
y rompo mis compromisos.
MAR. ¿Cuál era tu candidato?
BEN. ¿El mío? Un hombre dignísimo,
de moralidad sin tacha,
de antecedentes muy limpios,
de práctica inteligencia,
de verdaderos servicios,
y consecuente, y modesto
en grado superlativo.
MAR. Pero, en fin, ¿quién es?
BEN. ¡Yo!
MAR. ¿Tú?
No te había conocido.
BEN. Ahora si se me consulta
y se me pide el auxilio
de mi grupo, no hay escape,
tendré en el gobierno un sitio.

Soy jefe de la fracción
Manzano de mi apellido.

MAR. Con tal que subas...

BEN. ¡Qué efecto
va á causar en mi distrito,
y qué rabia le va á dar
á mi contrincante Guindo!

MAR. (Aparte.) Si supiera que tenía
encerrado aquí á su hijo...

BEN. Dame la bata, no salgo
por si viene algún aviso
de la Presidencia.

(María saca la bata del armario y guarda el frac.)

MAR. Dime:
¿Por qué no fundas un círculo,
como hacen otros que medran?

BEN. Hija mía, es muy sencillo;
siendo Benito mi nombre,
es claro que mis amigos
han de resultar por fuerza
los amigos de Benito.

MAR. Pero alguno que haga atmósfera
en tu favor, es distinto.
Y aun haría más efecto
si hubiera sido enemigo.

BEN. ¿Sabes, muchacha, que tienes
un gran instinto político?

MAR. Por ejemplo: algún pariente,
y á ser posible, algún hijo
de tu rival.

BEN. Eso nunca;
por los siglos de los siglos,
seremos incompatibles
los Manzanos y los Guindos.

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR ROQUE, que viste de lugareño bien acomodado

ROQ. ¡A la paz de Dios!

BEN. ¿Qué veo?
¡Señor Roque!

ROQ. Con licencia.

(Entra en escena y deja unas alforjas sobre una silla.)

BEN. ¡Cuántos deseos tenía
de ver á usted! (Aparte.) ¡Así hubieras
descarrilado!

ROQ. ¿Ustés buenos?

BEN. Sin novedad. ¿Y á qué es esta
venida?

ROQ. ¿A qué he de venir?
A que pinche usté á la Audencia
pa que sentencie mi pleito
en mi favor.

BEN. Mis promesas
están en pié.

ROQ. Que se sienten
es lo que me tiene cuenta,
pues mientras están en pie
se pasa el tiempo y...

BEN. Paciencia.

ROQ. No olvide usté que me debe
el acta.

BEN. Usted exagera,
pero no olvido la parte
que tomó usted en la empresa.

ROQ. ¡Cómo la parte! ¡Si tóo
se lo debe á mi influencia
y á mi garrote!

BEN. Repito...

ROQ. ¡Reflauta, digo yo!

MAR. (¡Bestia!)

ROQ. ¡Y que el pleito no está claro!
Escuche usté. (A María.) Son dos tierras,
dos rincones, así, como
desde Atocha hasta Vallecas.
Pues bien, las dejó un difunto
que se murió por América,
un tal don Pablo García
que no dejó parentela,
reclamándolas el *fiasco*,
como llaman á la Hacienda.

BEN. ¡Si sabemos de memoria
el pleito!

ROQ. No importa.

BEN. ¡Sea!

ROQ. Aunque parece que el muerto
no tenía descendencia,
sí la tiene.
MAR. ¿En qué quedamos?
ROQ. Pues... en eso Ahora la prueba.
El era García; yo
también soy García; él era
de mi pueblo; yo también
soy de allá, por consecuencia,
que yo soy pariente suyo
y que son mías las tierras.
Esto es claro como el agua;
pues miste, dice la Audencia,
que esos son otros Garcías
y que me quedo sin ellas.
BEN. El asunto no está claro.
ROQ. Toma, pues si lo estuviera,
¿necesitaría yo
de usté ni de su influencia?
¿Pa qué le he hecho diputao? (Conmovido.)
¡Y si ustés vieran qué huertas
son hoy aquellos terrenos,
antes llenos de malezas!
Allí he criado unos melones
como no hay en otra vega,
sin exagerar, algunos
lo mesmo que su cabeza, (A don Benito.)
mejorando lo presente.
BEN. Bien, se hará lo que se pueda;
por más que usted es García
con *ce* y él lo era con *zeta*.
ROQ. ¡Vaya un reparo que fundan
en una maldita letra,
que después de todo hasta es
la última de todas ellas!
BEN. Yo apoyaré su demanda...
ROQ. ¿Cierto?
BEN. Con todas mis fuerzas.
ROQ. ¿Dirá usted que soy pariente
del difunto?
BEN. Cuanto quiera;
aunque no debe privarse
de recursos á la Hacienda.
ROQ. Voten ustés un impuesto.

BEN. ¡Justo! ¿Y sobre qué materia?
ROQ. Sobre las cerillas. Yo
gasto eslabón y pajuelas.
BEN. Además usted ya es rico.
ROQ Si es que no es por la riqueza.
BEN. Pues ¿por qué?
ROQ. Por los melones.
Los quiero como si fueran
hijos míos. ¡Pobrecitos!
¡Cuántas lágrimas me cuestan! (Llora.)
BEN. (Consuélale tu, María, (Aparte á Maria.)
mientras yo tomo soleta.)
ROQ. ¡Unos melones tan dulces,
mucho más que la jalea!
(Continúa gimoteando. Don Benito, que se ha quitado la bata, abre el armario y vuelve á ponerse el frac.)
¡Con unas entrañas y unas
pepitas y una corteza!
MAR. Aun hay esperanza.
BEN. (¡Abur!)
ROQ. Pero su papá... ¡Me deja!
¡Don Benito, don Benito!
¡Hijos de mis entretelas!
(Vase detrás de don Benito.)

ESCENA VI

MARÍA y ALFREDO

MAR. ¡Vaya bendito de Dios
el posma del lugareño!
(Abriendo la puerta de la habitación donde escondió á Alfredo.)
Salga usted.
ALF. ¡Mi dulce dueño!
¡Otra vez solos los dos!
Deme á estrechar esas manos,
que envidian todas las damas,
y enlácense así las ramas
de Guindos y de Manzanos.
MAR. Ahora no se trata de eso,
y no hay tiempo que perder;

mi papá puede volver
en seguida del Congreso.

ALF. Mándeme usted cuanto quiera.
¿Qué no haré por su conquista?
¡Ah! Ya soy tan fusionista
cual puede serlo cualquiera.

MAR. ¡Pues otra vez se ha lucido!

ALF. ¿Cómo?

MAR. Porque mi papá...

ALF. ¿Qué hay de su papá?

MAR. Que ya
no forma en ese partido.

ALF. ¡Demonio!

MAR. Buen español,
jamás á gusto se ve.

ALF. Pero su papá de usté
¿es veleta ó girasol?

MAR. No es el único ejemplar.
¡Hay aquí tantos así!

ALF. Pero ni fuera ni aquí
hay otro tan singular.
¿Habrá nadie que resista
á quien así, casquivano,
se duerme republicano
y despierta absolutista?
¿Que tan pronto fuera y dentro,
disparado de la cuerda,
lo mismo gira á la izquierda
que á la derecha que al centro?
Y en el instante corriente,
¿por quiénes se ha decidido?

MAR. Ahora ha formado un partido
para él solo.

ALF. ¡Es excelente
la idea!

MAR. Y aunque con miedo,
de usted le empezaba á hablar,
y...

ALF. ¿Qué?

MAR. Que hay que renunciar
á toda esperanza, Alfredo.
Su obstinación es manía,
y no le haremos ceder.

ALF. Pero ¿es que sólo va á ser

consecuente en contra mía?
Esa conducta es odiosa....
y no hay causa ni motivo...

MAR. ¡Si sabe que le recibo,
es capaz de cualquier cosa!
¡Márchese usted!

ALF. Imposibles
haré.

MAR. Alfredo, serán vanos;
dice que somos Manzanos
y Guindos incompatibles.

ESCENA VII

DICHOS y el SEÑOR ROQUE

ROQ. No le alcancé, pero aquí
volverá, y aquí le espero.
¿Qué veo? ¿Don Alfredito
en esta casa? ¿Qué es esto?
¡Poco á poco!
(Alfredo y María habrán estado hablando aparte sin notar la presencia de Roque. Alfredo se apodera de una mano de María y la besa.)

MAR. ¡Virgen Santa!
ALF. ¡El señor Roque!
MAR. ¡El del pleito!
ALF. Dispense usted...
MAR. Sí, perdone...
ROQ. ¿Conque es decir que en los pueblos
andamos á garrotazos
por los blancos *ú* los negros,
para ver luego en Madrid
lo que he visto hace un momento?
ALF. No imagine usted ..
MAR. No crea...
ROQ. Lo que he visto es lo que creo.
Yo le diré á don Benito...
MAR. ¿Pero usted quiere perdernos?
ROQ. Es que el padre del señor,
si hubiera podido hacerlo,
me echa á un presidio por ser
elector del bando opuesto.

ALF. Señor Roque, aquí no hay más
sino que ambos nos queremos,
y que su papá se niega
á recibirme por yerno.
ROQ. ¿De veras?
MAR. Como usted lo oye.
ROQ. Siendo de ese modo, cierro
el pico.
ALF. ¡Gran corazón! (Estrechándole la mano.)
MAR. Merece ganar su pleito.
ALF. ¡Cómo! ¿Tiene un pleito?
ROQ. Sí.
ALF. Pues, nada, lo ganaremos.
ROQ. ¿Dirá usted que soy pariente
del difunto?
ALF. ¿No es más que eso?
No hay más que hablar: diga usted
lo que quiere ser del muerto.
ROQ. ¿Le parece á usté que tío?
ALF. Sí, tiene usted más aspecto
de tío, que de otra cosa;
así me parece al menos.
ROQ. Conste que á mí no me lleva
el interés.
MAR. Lo sabemos.
ROQ. Yo lo hago por los melones.
¡Quedarse, siendo tan tiernos,
sin padre, como quien dice!
ALF. No se quedarán.
ROQ. ¡Qué buenos
son ustedes!
MAR. Es justicia.
ROQ. Señorita... don Alfredo...
MAR. Un hombre tan...
ALF. Tan...
MAR. Tan...
ALF. Tan...
ROQ. (Parecen dos campaneros!)
MAR. ¡Tan digno!
ALF. ¡Tan ilustrado!
MAR. ¡Tan justo!
ALF. ¡Tan caballero!
MAR. ¡Vencerá!
ALF. ¡Seguramente!

MAR. Porque el pleito...
ALF. Porque el pleito...
MAR. Está claro...
ALF. ¡Como el agua!
MAR. Y el derecho...
ALF. Y el derecho...
MAR. ¡Y la ley!
ALF. ¡Y la equidad!
MAR. Y el Código...
ALF. Y el Digesto...
MAR. Y el Tribunal...
ALF. Magistrados...
MAR. Escribas...
ALF. Y fariseos...
MAR. Afirmarán...
ALF. De seguro ..
MAR. Sin duda alguna...
ALF. De cierto...
ROQ. ¡Qué! ¿Por qué me vuelven loco?
MAR. } Que ha ganado usted el pleito.
ALF. }
ROQ. ¡Bendita sea tu boca!
¡Aquí! (Abrazándoles.)
MAR. (¡Ya es nuestro!)
ALF. (¡Ya es nuestro!)

ESCENA VIII

DICHOS y DON BENITO

BEN. ¿Qué cuadro es éste?
MAR. ¡Mi padre!
ALF. (¡Aquí es ella!) (Se deshace el grupo.)
BEN. (A Alfredo.) Caballero...
¿Quién es? (Aparte á María.)
ALF. (A Roque.) ¡Sálveme usté, amigo!
ROQ. Pues el señor....
ALF. Sí, yo vengo...
MAR. Viene á que tú...
ALF. Sí, á que usted...
BEN. Basta, todo lo comprendo.
ALF. (Me ha conocido.)
BEN. Es de usted
(Sacando del bolsillo una carta y enseñándosela.)

esta carta, ¿verdad?
ALF. Cierto.
BEN. Pase usted á mi despacho.
Con su permiso; tenemos (A Roque.)
que hablar de un arduo negocio
que exige el mayor secreto.
ALF. Aquí estamos bien.
BEN. Entonces...
María... (Indicando que salga.)
MAR. (¿Qué dirá Alfredo?)
(Vase. Al salir saluda á Alfredo con una inclinación de cabeza, que éste le devuelve atortolado.)
ROQ. Yo en tanto voy á la Audencia.
BEN. Perfectamente.
ROQ. Hasta luego.
(¡Para enredos y tapujos
no hay como los madrileños!) (Vase.)

ESCENA IX

DON BENITO y ALFREDO

BEN. Ante todo, tome usted
asiento. (Brindándole una silla, que Alfredo acepta.)
ALF. Gracias, señor.
BEN. Y le agradezco el honor
y le estimo la merced...
ALF. ¡Por Dios!
BEN. Mi más vivo anhelo
cumplido usted dejará...
ALF. ¡Yo! (¿Por quién me tomará,
si es que no me toma el pelo?)
BEN. Como en su carta pedía,
aproveché algunos ratos,
y he reunido los datos
para mi biografía.
ALF. (¡Ah!)
BEN. ¿Lleva usted publicadas
muchas?
ALF. No llegan á veinte
BEN. Que serán, naturalmente,
de personas encumbradas.
ALF. Justo; publico primero

la vida de una eminencia
como usted... como vuecencia...

BEN. Aun no lo soy, caballero.

ALF. Pero está usted indicado
para una cartera, y...

BEN. Cierto que se dice así.

ALF. Y yo, por adelantado,
saludo en usté al presunto
ministro de la Corona.

BEN. (Parece buena persona
este muchacho.) Al asunto.

ALF. Usted me dará esos datos
y un retrato.

BEN. Es excepción,
porque no he visto...

ALF. Pues son
magníficos los retratos.

BEN. Hace usté á la patria historia
un servicio colosal;
ganará usté un dineral
y lo que es aun mejor, gloria.
Aquí está mi biografía
en extracto,
(Coge de la mesa unos cuadernos de papel y se los da.)
en borrador;
luego usted lo hará mejor...

ALF. (Aparte y repasando los cuadernos.)
¡Y con más ortografía!
(Lee.)
«Nací en Mula.»

BEN. El tres de Abril
de mil ochocientos treinta,
y aunque paso de sesenta,
ya me ve usted qué viril.

ALF. Más le eché yo, lo confieso.

BEN. Pues son los justos, palabra.

ALF. «Y me amamantó una cabra...»

BEN. No se le olvide á usted eso

ALF. «Logré hacerme bachiller
á los veinte años de edad.»
¡Hombre, qué precocidad!

BEN. Lo mejor falta por ver.
Ahora verá usted qué datos.

ALF. «En un fuego asolador
salvé con mucho valor
seis gallinas y dos patos.»
¿Y este rasgo, amigo mío,
no le valió alguna cruz?
BEN. Como no se ha dado á luz...
ALF. Yo llenaré ese vacío.
BEN. Mis éxitos amorosos
van ahí también apuntados.
ALF. ¡Hola!
BEN. Burlé á dos casados
que no los hay más celosos.
Uno ha muerto, el otro hoy día
es médico, elector mío,
en Valdegalgos.
ALF. (¡Mi tío!)
BEN. ¡Con una mujer!
ALF. (¡Mi tía!)
BEN. No vaya usté á referir
al lector este belén.
ALF. ¡Ya me guardaré muy bien
de sacarlo á relucir!
BEN. Respecto á mis convicciones,
son inmutables.
ALF. ¡Ya estoy!
BEN. Como político soy
de arraigadas opiniones.
No por temor á la crítica,
ni por mezquino interés,
pero en mí lo genial es
la consecuencia política.
ALF. Ya lo veo.
BEN. La molestia
usted me ha de perdonar;
pero haga también constar
que me pierde la modestia.
ALF. Todo constará.
BEN. ¡María!
Joven, dispénseme usté
si antes no le presenté
á mi heredera. ¡Hija mía!

ESCENA X

DICHOS, MARÍA y luego un CRIADO

MAR. ¿Papá?
BEN. El señor de...
ALF. Martínez.
BEN. Escritor muy distinguido.
ALF. Tengo mucho gusto...
MAR. Gracias.
BEN. Que me hará el honor altísimo
de dar mi biografía
entre varias de políticos
notables.
ALF. Cumplo un deber
de conciencia.
MAR. (No ha salido
mal del paso.)
BEN. Ahora, hija mía,
debes tener todo listo
para el baile del marqués.
Por supuesto (A Alfredo.) usté habrá oído
hablar de la fiesta.
ALF. ¡Mucho!
BEN. El marqués de Tamarindo
da un baile de oposición
esta noche, y es preciso
que el grupo Manzano esté
representado en el círculo.
ALF. Yo, con su venia...
BEN. ¿Qué es eso?
ALF. Digo que con su permiso...
BEN. Usted come hoy con nosotros.
ALF. Agradezco á usted muchísimo
la distinción, pero...
BEN. Niña,
ruégale tú.
ALF. Bien, no insisto.
(Entra el Criado con una bandeja y en ella una carta.)
BEN. ¿Qué ocurre?
CRIADO Para el señor
esta carta que han traido.
(Don Benito la coge y el Criado se retira.)

BEN. ¿A ver? (A Alfredo.) Si usted me permite...
ALF. Ya lo creo que permito.
(Don Benito lee. Alfredo dice aparte á María.)
Esto va perfectamente.
MAR. (Siga usted fingiendo.)
ALF. (Sigo.)
BEN. ¡María!... (Con júbilo.)
MAR. ¡Papá!
BEN. ¡Da gracias
al cielo! ¡Dios nos ha oído!
MAR. ¿Qué ocurre, papá?
ALF. ¿Qué es ello?
BEN. Oigan ustedes... y chito. (Leyendo.)
«Hágame usted el favor de no salir de casa;
el señor Presidente necesita consultar á usted y le enviará recado oportunamente.»
¿No han adivinado ustedes?
¿Ustedes no han comprendido?
MAR. Me parece...
ALF. Creo...
BEN. Son
bien diáfanos los indicios.
Para mí es que el Presidente
del Consejo de Ministros,
hoy pretende reforzar
el Ministerio conmigo.
ALF. (¿Será verdad?)
MAR. ¡Cielo santo!
ALF. (¿Por qué no, si otros lo han sido
que no valían más que él?)
BEN. Ahora bien, ¿me sacrifico?
MAR. ¡Sí, papá! ¿Verdad que debe?...
ALF. Por supuesto, don Benito;
sacrifíquese usted.
BEN. ¡Basta! (Como abrumado.)
¡Ustedes me han convencido!
Ya no iremos á esa fiesta.
MAR. ¿Y por qué?
BEN. Ya te lo he dicho,
porque se le da carácter
de oposición; los políticos
que se estiman como yo,
se deben á su partido.
¿Y el uniforme?

MAR. Ahí está, (Señalando al armario.)
tan doblado y tan limpito.
ALF. Qué, ¿tiene usté ya uniforme?
BEN. Yo soy hombre prevenido,
y me compré uno de lance
hace dos meses. Amigo,
vaya usted pensando el puesto
que le conviene.
ALF. Yo estimo...
BEN. En este instante solemne,
tienen en mi pecho abrigo
sólo ideas generosas
y generosos instintos.
¡Soy capaz de perdonar
á mi mayor enemigo!
ALF. ¿Llegará usted hasta eso?
MAR. ¿Lo harías?
BEN. Me ratifico.
MAR. Pues perdona esta inocente
intriga de mi cariño,
y abre amoroso los brazos
al señor...
ALF. Alfredo Guindo, (Arrodillándose.)
cuya aspiración política
está en ser su hijo político.
BEN. ¡El hijo de mi rival!
ROQ. (Dentro.)
¡Don Benito, don Benito!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el SEÑOR ROQUE; luego CRIADO

ROQ. (Entrando.)
¿Está aquí? Me alegro mucho.
Pronto, venga usted conmigo.
BEN. No puede ser. (Con fatuidad.)
ROQ. ¿Cómo no?
BEN. He recibido un aviso...
ROQ. Ya lo sé...
BEN. ¿Que usted lo sabe?
ROQ. Si se lo mandé yo mismo.
Se trata del Presidente

de la Audencia, á quien he dicho
que usted probará que el muerto
era en vida mi sobrino.

BEN. ¡Maldito el pleito, las tierras,
y hasta el difunto y el vivo!
Márchese usté, ó no respondo...

ROQ. ¿Pues qué se había creído?...

ALF. ¡Vaya un chasco!

MAR. ¡Vaya un golpe!

BEN. ¡Es usted un asesino!

(Se deja caer como desplomado en un sillón, en el momento de volver el criado con otra carta.)

CRIADO Esta carta del Congreso
para el señor.

BEN. ¡Ah, respiro!

MAR. ¡A ver!...

ALF. ¡A ver!...

BEN. ¡El desquite!
No me abandona el destino. (Rompe el sobre.)
«Presidencia del Congreso.—Particular.—
Señor don Benito Manzano. Muy señor mío:
aprovechando la ausencia de usted, el Tribunal de actas graves ha anulado su elección, declarando vacante la representación de su distrito.»
¡Agua!

MAR. ¡Papá! (Acudiendo á él.)

ALF. Señor Roque,
¿no nos presta usted su auxilio?

ROQ. ¿Y por qué, si él ya no puede
hacer nada en mi litigio?

(Toma las alforjas y se dispone á marchar.)

BEN. ¡Justicia, Dios de los cielos!
¿Así se insulta un distrito?
¡Señor Roque, á usted le ofenden
en mi honor!

ROQ. Yo no me pico.

BEN. ¡A luchar con más denuedo
con su voto!

ROQ. ¿Con el mío?
¡Si yo no he votado á usted,
ni á nadie!

BEN. ¡Qué oigo!

ROQ. Lo dicho.

Y ahora me presento yo,
y si la breva consigo,
emplearé mi influencia
en obsequio de mí mismo. (Vase.)

BEN. ¡Traidor! ¡Iscariote! ¡Infame!

ALF. Déjele usted; ¡ahora unidos,
luchemos contra ese vándalo
los Manzanos y los Guindos!

BEN. ¿Lo promete usted?

ALF. ¡Lo juro!

BEN. ¡Venid á mis brazos, hijos!

MAR. ¡Qué placer!

ALF. ¡Cuánta ventura!

BEN. Así no hay nada perdido.
(Al público.)
Perdón, si este juguete
no es de tu agrado;
te lo piden los *Guindos*
y los *Manzanos*.

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.